

El Nervión 1-106

n.º 1242

domingo, 19 agosto 1894



Dos originales

A. nació en cueros, pero rico: así es que pronto se encontró entre algodones y con teta de alquiler. Le criaron y educaron para rico y á los 27 años era uno de los distinguidos de su pueblo, esto es un imbécil macizo, atacado de anticursilerismo y fascinado por B.

B. era portento de distinción, refinamiento y anticursilería, juerguista con sombra, según sus compañeros, «¡lástima de chico!» según los viejos amigos de su familia. Siempre decía estar ó enfermo ó aburrido y no importarle de uada, nada.

La suprema indiferencia, es la más alta elegancia del estúpido. Le reventaban los serios, los formales, ¡perdos! y, sobre todo, los laboriosos. Sentía una sorda irritación hacia los que trabajaban.

Todo el empeño de B, era no contaminarse de cursilería y ramplonismo, mantenerse como el armiño, libre del fango de la vida.

B. metió á A. en el casino de los *originales*, formado de copias de millonésima reproducción enteramente borrosas, porque la estampilla se había gastado desde antiguo. Allí todos se dedicaban á ejercicios de dislocación y á rendir culto á la anticursilería. Sus gustos tenían que ser refinados ó ordinarios é infantiles y como glotón que aspira á sibarita, por huir del vil puchero, se hartaban de podredumbre, de verdadera boñiga. Las sesiones acababan en la revelación de la mayor penuria de espíritu y de la más radical estupidez, en la borrachera. Otras veces se cultivaba lo grotesco, lo infantil, lo tabernario.

Como la descripción más exacta, de la vida y hazañas de A. y B. es pasarlas por alto, las omito.

El caso fué que A. se jugó todo su patrimonio, con calma y sin dar importancia al hecho, por hacer algo. Y como aún le quedaba en la masa una chispa de vergüenza desapareció del pueblo y en años no volvió en éste á saberse de él.

Se fué á un país extranjero y lejano y allí se puso á trabajar; con sus manos y sus espaldas primero. Y allí comió el pan con el sudor de su frente y se le cayeron las telarañas de los ojos y vió que nada hay cursi, y amó la vida y sintió la dignidad propia. Y cuando llegaba el domingo y se ponía el traje del día de fiesta y se iba á tomar el sol, al acordarse de sus amigos los *originales*, no sentía hacia ellos lástima, sino una punzada viva en el alma de donde primero le salía este grito: «¡imbéciles!» y luego, muy bajito, murmuraba para sus adentros: «¡ladrones!»

Pasó muchos años comiendo de su sudor y cuando pudo reunir algunos ahorros, se volvió á su pueblo y se encontró con otro, al entrar en el cual, se sintió avergonzado y confuso como el hijo pródigo al volver á la casa paterna. Y al sentir que un tiempo se hubiera avergonzado de aquella vergüenza, levantó la cabeza y se le ensanchó el alma.

Preguntó por B. ¡Pobrecillo! hacía tiempo que le habían dado unos ataques de apoplejía y arrastraba sus piernas y su vejez prematura por las calles de su pueblo. *Sigue al dorso*



Un dia le encontró y se le revolvió el alma de una piedad inmensa, de una lástima vigorosa en que sufría con todos los alientos de que le había dotado el trabajo. B, le miró con ojos estúpidos y murmuró unas palabras ininteligibles; quiso A. darle el brazo y lo rechazó aquel.

—¿A dónde vas?—preguntó el regenerado al enfermo.

Y con gran trabajo pudo entenderle que á tomar el sol.

Era un dia de invierno, frio pero de sol radiante y al salir de la sombra vió A que á su antiguo amigo se le animaba la cara estúpidas y que parecía querer restregarse en los rayo, del sol.

—¡Hermoso dia!—dijo el sano despues de un rato.

—Bueno... bueno... bueno...—murmuró el otro.

No habló más pero desde el fondo de su imbecilidad vió A. que brotaba radiante y puro el carácter eterno de su antiguo maestro, el fondo verdadero de su sér, que era la esencia misma de la vulgaridad cursi, y sintió una piedad reconfortante al contemplar á aquel inválido que iba á tomar el sol al aire libre, lo más antiguo y lo más *cursi* de la creación.

En el antiguo local del Casino de los *originales* había una instalación de figuras de cera, y A. pasó un rato delicioso contemplando aquellos mamarrachos: Al salir se decía:

—Estos no pueden tomar el sol.

Miguel de UNAMUNO.

Bilbao, 9 de Julio, 1894.

